

# EL DEFENSOR DE GRANADA

Este periódico, al estar, con absoluta independencia de todo partido político, las cuestiones de palpitante actualidad, defendiendo constantemente el derecho, la moralidad y la justicia. Quere mos sinceridad en las elecciones, leyes administrativas duraderas y simplíficas, empleados responsables y prestatarios de sus destinos por oposición ó concurso, presupuestos nivelados, contribuciones proporcionadas al rendimiento de la propiedad y de la industria. Todos los errores, todos los abusos, todas las arbitrariedades, todas las tiranías, todos los egoísmos y todos los engaños, vengan de donde vengan, son combatidos ríspidamente y enérgicamente.

diario político independiente.

Este periódico dedica con preferencia su atención á la cultura popular, á la prosperidad del comercio, de la industria, de la agricultura y de las artes, bases del bienestar, progreso y desarrollo de los pueblos; no escansa ningún sacrificio por servir cumplida y rápidamente á sus lectores; está consagrado á su servicio y á la defensa de los intereses de Granada y su provincia; y se hace cargo de todas las quejas justas que se le dirigen.—La Redacción no es solidaria de los artículos que se publican con la firma ó iniciales de sus autores.—No se devuelven los originales de artículos y comunicados que nos envíen, aunque no se les dé publicidad en el periódico.

**SUSCRIPCIONES.**  
En Granada un año. 175 pta.  
En el resto de la península y posesiones españolas del N. y O. 6  
Africa un trimestre. (Pago anticipado) 6  
En las posesiones españolas de América un semestre (Pago anticipado.) 17'50  
En el extranjero un semestre (Pago anticipado) 20

**DIRECTOR Y ADMINISTRADOR,**  
**LUIS SECO DE LUCENA.**

Oficinas é imprenta,  
Campillo bajo, núm. 6, segun á la calle de San Jacinto.

**ANUNCIOS.**—Tarifa: 6 céntos. peseta línea en la 4.ª plana.—25 céntos: líneas 3.ª—1 peseta en la 1.ª (Pago anticipado).  
**ESQUELAS MORTUORIAS.**—Tarifa: 2 pesetas cada inserción en una columna en la 4.ª plana.—7'50 en la 1.ª. (Pago anticipado).  
**COMUNICADOS.**—Tarifa: De 25 céntimos de pesetas á 50 pesetas línea ó á juicio del Director (Pago anticipado).

## La segunda Ilibérica.

### La sala.

El teatro de Isabel la Católica ofrecía anoche un aspecto deslumbrador. Habíase congregado en él la triple nobleza de la hermosura, del talento y de la posición social, para rendir tributo de admiración y aprecio á los poetas y escritores premiados en el certamen del Ateneo, y á la reina de la fiesta, símbolo purísimo de la virtud, la gracia y la belleza. Carecemos de espacio para estandernos en una descripción tal como la merecería aquella grandiosa apoteosis, pues las tres páginas del periódico vendrán escasas si hemos de trasladar íntegros ó, por lo menos, en detallado resumen, las inspiraciones oratorias y los trabajos literarios, motivo principal de la solemne sesión.

Abierta, ocuparon la mesa del Ateneo, su presidente D. Antonio Lopez Muñoz, el vice D. Gonzalo Gil, el presidente de la Sección de Ciencias morales y políticas D. José Perez Robles, el secretario D. Rafael Lopez de Oyarzabal y los vocales señores Pavés y González Janer; la del Jurado, su presidente D. José España Lledó, y los vocales señores D. Juan de la Gloria Artero y D. Gabriel de Burgos.

### El dictámen del Jurado.

El Sr. España dió lectura al dictámen del Jurado que preside, siendo interrumpido varias veces por las muestras de aprobación de la concurrencia y saludado al terminar por una entusiasta salva de aplausos. Leyó así:

SEÑORES: Decía D. Alonso el Sabio en su Código de las Partidas, imperecedero monumento de la civilización española en el siglo XIII, que los jueces son «hombres buenos que son puestos para mandar é fazer derecho.»

Elegidos hemos sido nosotros por el Excelentísimo Sr. Rector de esta Universidad Literaria, á quien el Ateneo, demostrando una imparcialidad que le honra y enaltece en grado sumo, confió el nombramiento del Jurado; y á aquí venimos, dispensado lo forense de la frase, á notificaros nuestro fallo, á daros las razones que nos han asistido para dictarle, y á que nos juzguéis, que nosotros no podemos tener más jueces que la opinión pública, aquí dignamente representada por la triple aristocracia de la sangre, del talento y de la riqueza, y por ese generoso pueblo granadino, digno de mejor suerte, llamado á destinos excelsos, y cuyo corazón late entusiasmado cuando contempla los esplendores del arte literario, gloria preciadísima que ilustra á las naciones mucho más que las glorias de la guerra, granjeadas siempre á costa de lágrimas y sangre.

¡Cuán de lamentar es, señores, que el único de los jueces de este Certámen, que no ostenta título alguno para ocupar un puesto entre sus compañeros, sea por la esquisita modestia de ellos, el encargado de redactar este discurso! Conozco de sobra, y no lo digo para cumplir con las fórmulas oratorias, ni por vano alarde de humildad, la escasez de mis fuerzas y lo grande del empeño, y con todas las veras de mi corazón os pido indulgencia, indulgencia siempre necesaria para mí y más ahora, deslumbrados como están mis ojos por la simpatía de las señoras que honran esta fiesta, esmaltándola con el brillo de sus encantos, y ofuscada mi inteligencia ante la consideración de los trabajos que han de leerse y la de que vá á usar de la palabra el presidente del Ateneo D. Antonio Lopez Muñoz, que esculpe las ideas con el cincel de Praxitelés y las ilumina con colores robados á la paleta de Murillo.

Seguro de que habreis de concedérmela, entro, pues, en materia, comenzando por la parte más desagradable de mi tarea, que desagradable, ingrato y penoso, es manifestaros la triste y dolorosa impresión que ha producido en el Jurado la lectura de la mayor parte de las obras que han aspirado al premio, viéndose muy á su pesar, en el duro trance de dejar desierto y sin galardón el tema de la Oda destinada á cantar las glorias de Isabel I, y el de la leyenda sobre un asunto tomado de la historia y de las tradiciones del reino de Granada.

Parece imposible, y, sin embargo, nada

hay más cierto. En esta hermosa ciudad, que cual otra Roma se extiende sobre siete colinas, que lleva como reina por corona esas sierras cuyas grandísimas cimas se ven cubiertas por el armiño de las nieves perpétuas, que tiene á sus piés el verde tapiz de esa Vega, donde florecen y fructifican desde el cedro del Líbano hasta la palmera del desierto; desde las plantas industriales más preciadas hasta las modestas gramíneas, aquí donde los arroyos bullidores cantan celestiales armonías, deslizándose entre el florido césped como sierpes de plata, aquí donde el aire es siempre puro y embalsamado, donde el cielo desespera á los pintores que rempen con la rabia de la impotencia sus paletas, sin poder trasladar al lienzo la luz esplendente que lo ilumina y que solo palidece cuando á él elevan los ojos las hijas gentiles de nuestro suelo, aquí donde se reunió el concilio Iliberitano, vivió gloriosamente Fray Luis de Leon, brilló Fray Luis de Granada, engrandeció las letras pátrias Hurtado de Mendoza, ilustró la escena Mira de Armescu y pintó y esculpió Alonso Cano, en esta ocasión no ha encontrado poeta que cante dignamente sus glorias inmortales, aquella mujer insigne á quien, con expresiva sencillez, llama la Historia Reina Católica.

Considerad que se trata de la figura más gigantesca de la historia de España. Después de los aciagos días del reinado de Enrique IV, cuando la patria estaba desangrada y empobrecida por los bandos que se disputaban el poder, como los perros se disputan la presa, cuando la corrupción de las costumbres espantaba y la unidad nacional parecía ilusión á los políticos, ocupa el solio Isabel I, cuyo casamiento con D. Fernando V proveyó la union de Aragón y de Castilla, bajo un solo cetro, enlazando de esta suerte las inmarcesibles glorias de las sangrientas barras que brillaron altivas en los campos de Sicilia y Grecia, conquistando para nuestros reyes los timbres que aún ostentan de Neopatria y Atenas, y dominando de tal suerte en ese mar de la civilización que llama Mediterráneo, que ni aun los peces podrán surcar sus aguas sin llevarlas en la cabeza, con las no menos excelsas glorias de Castilla, en donde no hay palmo de tierra que no haya sido mudo testigo de sus hazañas y heroísmo en aquella tremenda y gigantesca lucha que por espacio de ocho siglos, sin dar paz á la mano ni tregua á los aceros, rieron nuestros padres contra la morisma.

Union fué esta por demás fecunda. Imperó la ley, la nobleza altiva y preponderante humilló su cerviz, afanzóse la paz interior expulsando á los judíos, y se dió feliz término á la obra comenzada por Pelayo en Covadonga, coronando la torre de la Vela con la cruz del Redentor, y ondeando en ella el estandarte morado de Castilla.

Dios permitió que esa mujer sublime, á quien Granada ¡qué ingratitud! no ha levantado aún un estátua, se viese rodeada de varones insignes que ilustraron su reinado. Semiramis hizo tallar una montaña que la representase con sus capitanes ilustres; los poetas no han sabido tallar con el cincel de la poesía á Isabel I, acompañada de Palgar, que con férrea mano y ánimo valeroso clavó el Ave-Maria en la grande Aljama granadina, de Gonzalo Fernandez de Córdoba, en cuya diestra brilla la espada terror del turco y del francés, de D. Alonso de Aguilar, el capitán más esforzado de aquellos excelsos príncipes, al decir de Andrea Navaghiero, que corona sus hazañas perdiendo heroicamente la vida en la sangrienta jornada de la Ajargina de Málaga, del marqués de Cádiz, del alcaide de la Alhambra, de prelados como Meadeza, Talavera y Cisneros, de sabios y eruditos como Antonio de Nebrija y Arias Barbosa, de poetas como Pedro Manuel de Utrera y Juan de Padilla, de historiadores como Diego de Valera y Hernán de Palgar, de oradores como Alfonso de Quintanilla y Luis de Portocarrero, y de novelistas como Fernando de Rojas, autor de la Celestina, libro que al decir de Cervantes, sería divino si encubriera más lo humano. De tantas y tan ilustres glorias solo ha si-

do recordada la simpatía de Colon, que rompiendo con las proas de las tres carabelas, que debió á la magnánima piedad de Isabel, las inquietas ondas del Océano, encuentra un mundo donde llevar con la cruz del Redentor la civilización y la lengua castellana, borrando para siempre el altivo *Non plus ultra* que el Hércules fenicio grabó con su potente clava en las grandísimas columnas del Estrecho.

Ninguno de los poetas que han concurrido al Certámen ha dicho nada que yo deba mencionar aquí, excepción hecha del autor de la oda que lleva por lema *Dió de ella el Rey Católico, etc.* Elevándose á las altas regiones de la poesía, pinta de mano maestra la entrevista de Colon é Isabel en esta estrofa:

Un mundo, dijo ella, que no ha visto la luz del Evangelio. Tierra extraña donde llevar la religión de Cristo y donde alzar el pabellón de España... Parte Colon. En tu proyecto creo y el mundo nuevo tras los mares veo. Del genovés marino las rodillas en tierra se doblaron y en las pupilas de Isabel brillaron puros destellos de fulgor divino; pues al mostrar su colosal anhelo aquel géno profundo, él vió en los ojos de Isabel un cielo, ella en la frente de Colon un mundo.

¡Lástima grande que este escritor, que á las veces vuela tan alto como el águila, abata en otras su vuelo hasta el punto que no haya sido posible otorgarle el laurel de la victoria destinado á ceñir la frente del vencedor en esta pacífica contienda!

También son dignas de aplauso, aunque tampoco se han considerado merecedoras de premio, las odas que llevan por lema *Como Cesar llegó, vió y venció, y In omni terram exivit sonus corum.* La primera, correcta en el lenguaje, de versificación fluida y sonora, revela una mano esperta y ejercitada en pulsar la lira; pero la inspiración y el sentimiento no brillan en sus estrofas, y sin inspiración y sentimiento no hay oda posible.

La segunda, escrita con soltura y facilidad, demuestra extraordinarias facultades en su autor, aunque por desdicha no ha sabido aprovechar tan eximias dotes, como reclamaban de consuno la alteza del asunto y los gloriosos recuerdos de nuestra tradición literaria.

Ya lo veis; entré las siete odas que han venido á disputar el galardón de este Certámen, solo tres, que no llenan en absoluto las condiciones que la crítica exige, para la oda heroica, pueden mencionarse. Las demás solo son dignas de aplauso por la intención que ha guiado la pluma de sus autores.

Las causas de este triste fenómeno literario no son para explicarlas desde este sitio; solo es mi deber en este momento señalar el mal, que las úlceras no se curan cubriéndolas de flores, gases y cintas, sino presentándolas al descubierto y cauterizándolas.

¡Porqué no he de decirlo, si es verdad y todo el mundo lo repite en voz baja? La anemia se está apoderando de las letras granadinas y es preciso evitar que languidezcan y mueran. ¡Como se ha de conseguir esto? Solo tengo tiempo de apuntarlo con una frase: Pongamos la vista en Dios, porque sin fé no hay poesía verdadera, grande y fecunda, apartemos nuestro entendimiento de esa política estrecha, miserable y positivista que se disputa como presa los palpitantes miembros de la patria, unámonos en el pensamiento fecundo de hacerlo todo por Granada y para Granada y tal vez el laurel á cuya sombra nacieron á la vida de las letras los Martínez de la Rosa, los Búrgos, los Fernández y Gonzalez, los Castro y Serrano, los Alarcónes, los Tamayos y Marqués de Girona, vuelva á retoñar altivo y frondoso.

Pocas, muy pocas palabras, pues temo molestaros, he de dedicar al tema de la leyenda que se ha declarado desierto. Este género literario es muy parecido al cuento, y de él se diferencia en que el poeta no refiere hechos imaginarios, sino que se inspira en tradiciones de carácter popular.

Rica esta regi n en recuerdos del tiempo pasado, tan rica en ellos como pobre hoy de lisongeras esperanzas, ningún poeta digno de este nombre ha acudido á este certámen á

cantarlos siguiendo las huellas gloriosas de Zorrilla y el duque de Rivas.

Rubor causa el confesarlo, pero en nuestro concepto los escritores que han disputado el premio no han revelado dotes de investigadores, aquí donde las tradiciones sobran, ni dotes de imaginación para revestirlas con el carácter sobrenatural y maravilloso que la leyenda reclama, ni dominio de la forma para ilustrarlas con los esplendores de la versificación que es de la poesía, como ha dicho recientemente Zorrilla:

de corzas blancas en que vá á las fiestas, la góndola de nácar en que boga y las alas de éne con que vuela.

Hé aquí por qué nos hemos visto en la triste situación, de no adjudicar un premio que solo alentaría vocaciones mal dirigidas que pueden utilizarse tal vez siguiendo otros rumbos.

Y gracias á Dios que ya ha terminado nuestra ingrata tarea de censurar y que á la grave fisonomía de Aristarco puede sustituir otra más animada y placentera que refleje la complacencia y el reposo que se apodera del ánimo del crítico, cuando contempla al artista que escala las puras, serenas y elevadas regiones del arte.

El tercero de los temas que abraza la convocatoria del Ateneo es un romance de asunto libre. Muchos se han presentado aspirando al premio, pero el Jurado solo debe ocuparse del que, en su concepto, lo ha merecido y de otro que, aunque inferior al premiado, reune tales y tan perfectas calidades que sería grave injusticia condenarlo al olvido.

Es el romance un género de composición literaria propio y peculiar de nuestra España. Nacido de la descomposición de la literatura Latina arraigó en el pueblo, se nutrió con los sentimientos religiosos y patrióticos que son el alma de nuestra nacionalidad y de tal manera se desarrolló y engrandeció, que nuestro romancero es inestimable collar de preciadas perlas que ceñe el cuello de la gloriosa matrona en cuyos dominios políticos no se ponía nunca el sol, como hoy, apesar de la decadencia de los tiempos, no traspone los de su lengua, la más rica, flexible y armoniosa de todas las neo-latinas, ni los de su literatura, casambre de propios y extraños. Pide el romance que el poeta sea correcto y castizo en la dición, en la versificación fluida y sonora, y, sobre todo, que se inspire en sentimientos tradicionales, de aquellos que han echado raíces en las entrañas de nuestro pueblo y que nunca podrán ser arrancados de ellas; por fuerte y poderoso que sea la mano alevé que lo intente.

El autor del romance que lleva por lema *Pasión y venganza*, Sr. Blanco y Garcia, es un poeta de fecundísima imaginación, nacido en los risueños vergeles de Murcia y que en varias ocasiones ha visto ceñida su sien con la corona del triunfo, en Valencia, Sevilla, Valladolid y otras capitales no menos ilustradas. Con forma rica y galana siempre castizo en la dición, correcto y claro en el lenguaje, ha sabido pintar con vivísimos colores y con la sobriedad propia de los grandes maestros del arte, la muerte de D. Fadrique, sangriento episodio del reinado de don Pedro I de Castilla, á quien la historia, escrita por su enemigo capital el canciller Pero Lopez de Ayala, denomina cruel, y nuestra tradición literaria, con la cual se ha conformado el autor, apellida *justiciero*, presentándolo como víctima de la nobleza, que se diente de poder y de botín, apoyaba las ambiciosas pretensiones del conde de Trastámara.

Todas y cada una de estas razones, han movido al jurado á premiar el romance *Pasión y venganza*, cuyos mejores trozos omito citar porque bien pronto vais á admirarlo y á premiarlo con vuestros aplausos.

También es acreedor, ya que no al premio, á especialísima mención, el romance endecasílabo intitulado *Saffa*, que lleva por lema *Amor que mata*, y que revela preclaras dotes de poeta en quien lo ha escrito, si bien es de sentir que haya empleado su potente número en un asunto que ya ha sido tratado á maravilla por otros escritores, y que, en verdad no tiene carácter nacional que este género de composiciones reclama.

El Ateneo ganoso de llamar la atención de los eruditos sobre el estudio de la literatura granadina, más olvidado de lo que á nuestro buen nombre conviene señaló como cuarto tema de esta *Ilibérica*, un trabajo en prosa, crítica y biográfico, de D. Diego Hurtado de Mendoza, príncipe de nuestros historiadores.

Esa obra de grandes enseñanzas que se llama *Historia* y que ora narra la vida de la humanidad, ora discurre por esfera menos dilatada refiere las vicisitudes de un pueblo, ora, por último, se limita á relatar los hechos de un personaje ilustre en santidad, en las armas, ó en las artes y las letras, pide en la exposición grande interés, vida y movimiento. De aquí también que su estilo y lenguaje, sin perder la severa grandeza del género de ática, gocen de mayor libertad que en otras disciplinas literarias y puedan adornarse con las galas poéticas, sin apartarse por ello de las exigencias científicas que obligan al autor á exponer metódica, sistemática y bellamente los hechos, dar unidad á su variedad extraordinaria y atender en su enlace á la relación de causalidad y analogía tarea difícil y penosa que una vez desempeñada con éxito le presta tales atractivos y encantos que fácilmente la convierten en uno de los más deliciosos géneros literarios, sin dejar por eso de ser una de las ciencias más útiles, más importantes y más fecundas en aplicaciones para la vida de la que es maestra, como decía el gran orador romano.

Cuatro trabajos se han presentado á disputar el premio, concedido por el Ateneo al historiador y al crítico, y entre ellos descuellan el que lleva por lema *La pluma es lengua del alma*.

Su autor D. Eloy Leñan Alonso, catedrático auxiliar por oposición de la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra Universidad literaria, es un joven cuya modestia corre parejas con su mérito. Investigador paciente y erudito, en el breve espacio de un mes, revolviendo nuestros archivos y bibliotecas ha reunido en un pequeño volumen cuanto se sabe sobre el Salustio español, ofreciendo además peregrinas noticias de su vida, de todo punto nuevas.

Puro y castizo en el lenguaje, en la narración fiel y animado, metódico al espener los hechos, ha demostrado tan singulares dotes que no hemos vacilado en adjudicar á su trabajo el premio y además el de honor del certámen, porque hemos considerado que es el que entre todos cuantos han concurrido, ha realizado mejor el ideal del tema que se propuso tratar.

Saludado, pues, en él, no á una legítima esperanza, sino á un atilado escritor que ha de honrar á Granada con sus obras, y ha de contribuir grandemente á restaurar nuestras letras, siendo digno sucesor de los Fernandez Guerra, Valera y Lafuente Alcántara.

No puedo citar trozo alguno que confirme nuestro juicio, porque para ello sería preciso leer todo su trabajo en el que no se sabe que admirar más, si las dotes del investigador, las condiciones del crítico ó la magia del estilo.

Pronto su autor recibirá el premio de manos de la Reina del Certámen y tendréis ocasión de oír los que él elija, ya que el tiempo no consiente dar lectura íntegra de su estudio.

Al llegar á este punto, señores, encuéntrame como viajero fatigado que despues de atravesar desiertos arenales y frías y ásperas montañas, arriba á un risueño oasis. El Jurado, que ha visto con profundo dolor que ninguna poeta granadina ha conseguido el laurel del triunfo, siente latir su corazón á impulsos de patriótico entusiasmo, al ver al menos que la Historia literaria y la Didáctica tienen cultivadores de las prendas de don Eloy Señan y Alonso á quien esta ciudad cuenta en el número de sus hijos.

¡Quiera Dios que su ejemplo no sea perdido, y que nuestra juventud se apresure á seguir sus huellas! ¡Quiera Dios que esta fiesta literaria, que va á ser presidida por la belleza, sea aurora feliz de nuestra regeneración!

Estos certámenes, batallas son, aunque pacíficas y en ellas, como en los trances de la guerra, solo la fé, el entusiasmo y la inteligencia triunfan.

Poetas, escritores y artistas, aquí no hay vencedores ni vencidos; apereibios sin desmayar á nuevas contiendas, poned vuestro pensamiento en nuestra amada Granada, digna de mejor suerte, y permitidme que, al concluir, os diga con el gran Quintana:

Y si queráis que el Universo os crea dignos del lauro en que os ceñís la frente que vuestro canto enérgico y valiente digno también del Universo sea.

La Reina de la fiesta.

Al terminar la lectura del dictámen, precedida de cuatro lindos pagedillos y llevada del brazo por el presidente del Ateneo, apareció en la sala la reina de la fiesta, la angelical Agustinas Perez del Puigar. Un aplauso unánime y espontáneo, un murmullo de admiración y simpatía la recibieron. Entre las ricas blondas de su mantilla de luto, brillaba su hermo-

sura radiante como una estrella del Cielo. Fué un instante solemne y conmovedor, en que los que asistían al acto quedaron como extáticos y suspensos al contemplar tan esplendorosa belleza.

Ocupó la reina su trono, sentáronse, en las gradas, á sus pies, los felices pagedillos, y continuó el curso de la solemnidad.

El romance del Sr. Blanco Garcia.

Un poeta de Murcia, educado en Granada, el señor Blanco Garcia, ha obtenido el premio que otorgara el señor ministro de Fomento. Leyó la poesía premiada, con entonación vigorosa, el Sr. Perez Robles, que fué varias veces, con entusiasmo, aplaudido. Hé aquí el romance:

PASION Y VENGANZA.

Tradición popular.

Del alcázar de Sevilla en un lujoso aposento que una lámpara oscilante alumbraba con sus reflejos, en irio sudor bañada, trémulo, agitado, inquieto, en áureo sillón reclinada su cabeza el rey Don Pedro. La luz, que sus rayos quiebra en los bellos arabescos de la régia estancia, cedej de la mirada ante el fuego, que bien á las claras muestra la pasión que arde en su pecho. Ojas de sangre se agolpan al corazón y al cerebro como si ahogar su existencia pretendieran con empeño, y ya su crispada mano alza en ademán violento, ya el pomo de su puñal acaricia, revolviéndolo en las órbitas los ojos, de su alma abrasada espejo.

«No» levantando la frente, «no» exclama; «jamás el miedo hará ceder la justicia con que yo mis actos sello. Quisiera humillar la nobleza, para dar vida á mi pueblo que es la base de mi trono y el esplendor de mi corona. Volver quisiera á mi corona el brillo y honor que un tiempo ilustres antepasados con sus victorias le dieron, y que hoy cobardes empuñan esos nobles altares que las campañas convierten en tristes é incultos yermos y que en lágrimas y sangre ensañar quieren sus fueros. Oh! mientras mi pecho aliente, mientras de la muerte el velo no nuble mi vista, roja ya por el dolor que siento, los zudaces y rebeldes en mi brazo hallarán freno y ante mis plantas de hijos doblarán su altivo cuello.»

Tal dice, y abandonando súbitamente su asiento, á largos pasos recorre de la estancia los extremos. Murmura breves palabras que apenas sus labios trémulos dejan escapar: golpea de su arnés el duro acero; y al repartir sus sonidos aquellos muros soberbios parece que de una tumba resuenan los tristes ecos. ¿Qué aqueja al rey de Castilla? ¿Quién, su dignidad hiriente, despierta enojos dormidos, resuscita antiguos celos, y de la hoguera extinguida la ceniza removiendo al soplo de las pasiones promueve voraz incendio? Odo á muerte le han jurado sus hermanos, y con ellos turba implacable de nobles que hollar quieren los derechos de las villas y ciudades á las que halagan mintiendo. Si una vez y otra vencidos por la mano del rey fueron; si hipócritas su perdón demandaron, ya deshechos, y el rey su gracia otorgóles, nuevamente ante el acento de Enrique de Trastámara su bandera al aire dieron. Mas ora que hasta Sevilla llevaron sus desafueros, ora que á las mismas gradas del trono, en olas de ciego, sube el furor de sus nobles con el de la plebe en vuelo, cerrar quiere á la clemencia su corazón de ira lleno. A jugar su trono y vida y á duelo á muerte resuelto, al tréguas pide ni otorga, que le atormenta un infierno de pasión, y está en su alma desbordándose el veneno.

II.

Reverberando en el Bétis hermosa la luna brilla como faro de los cielos que el horizonte ilumina. Berrama sus dulces rayos sobre la verde campiña cuyas flores perfumadas, amor del árabe un día, duermen al arrullo tierno de frescas y mansas brisas que del caudaloso río reogen las armonías. Es media noche: reposa en blando sueño Sevilla, semeñando en su hermosura á encantadora odaliscas que en camarín alfombrado perezosa se reclina.

Allí, en el soberbio alcázar que el rey justiciero habita, en un estrecho recinto que más bien cárcel sombría semeja que digno albergue de un infante de Castilla,

Don Fadrique, en el alcázar de una ventana morisca que gruesos hierros defienden, mira á la ciudad dormida. No su pensamiento turban de aquel cielo la alegría, ni el balsámico perfume que en las alas no sentidas del céfiro bullicioso vana doquiera. Tode gira indiferente á su lado, que allí en su mente intranquila, como del mar en el seno, honda tempestad se agita. Acaso pronto, muy pronto, de su corazón la cima se abrirá para dar paso á sus concentradas iras.

Ya sobre sus férreas goznes la estrecha puerta rochias, y en la estancia el rey Don Pedro súbito se precipita ostentando su coraja en sus brillantes pupilas. Cruzáronse las miradas como punzantes cuchillas que, entre sí al chocar, despiden mil abrasaderas chispas. Don Fadrique adelantóse, y con voz hosca y fatídica que al rugido se parece de hiena en la selva herida, —«Calla» le dijo «no avances; si el infierno aquí te avia; si es mi sangre lo que quieres, poco me importa la vida; tómala, mas no hables nada, me resigno á ser tu víctima, que arrojar quisiera á tu frente, por Dios y el pueblo maldita, la afrenta de un nuevo crimen, la mancha de un ignominia.»

«No, respondió Don Pedro,» «no tu existencia codicia mi voluntad: soy tu hermano, y aun los vínculos que ligán esta sangre con la tuya, ahogarán de mi justicia la vez que iracunda trueno del pecho en las hendidas fibras. Puedo hacer rodar de un tajo esa tu cerviz erguida: mas antes que á tanto obligue tu ambición y rebeldía, quiero abrirte por vez última mis brazos; que confundidos en una nuestras dos almas, jures la bandera mía.»

«Calla, Don Pedro, no intentes jugar nuevas arterias: áun la sangre de mi madre vilmente por tí vertida cual rojo fantasma surge cada instante ante mi vista. ¿Recuerdas? ¡Oh! cuántas veces con hipócrita mentira fingiendo perdón, buscabas, en gruesa trama urdida, para el verdugo algún pasto en tus víctimas rendidas! ¿Has olvidado á Don Tello? ¿No ves que sangre destila tu mano, y suena en tu oído un acento de agonía que hasta en los aires repite *fratricida, fratricida...*»

«Mientes,» exclamó Don Pedro. Tu conciencia endurecida rebelde y tenaz persiste. Si algo dentro de mí grita, no es de crímenes recuerdo, es de la patria oprimida la voz que pide venganza contra infames banderías. Soy rey y debo á mi patria mi reposo y sangre misma: fuisteis de la patria reos; quisisteis envilecida ver mi corona, amargando de mi reinado los días; y aunque mil veces clemencia, á trueque de pleitesía, usé nuevamente alzando el pendón liberticida, provocásteis mi coraje con temeraria osadía. Por última vez te brindó con mi perdón, si te inclinabas ante mi poder y aclamas á D. Pedro de Castilla.»

Iguando la activa frente, con mirada ardiente y fija y el acento estrechecorado que su despecho publica, así exclamó D. Fadrique: —«Jamás; desprecie mi vida y es gran bajaza comprarla de manos envilecidas. Castilla por Don Enrique será al morir mi divisa.» Nada replicó Don Pedro: la puerta ganó enseguida, devorando entre sus párpados una lágrima furtiva que penetró allá en su pecho, como lava derritida.

III.

En el sonrosado oriente la plácida y fresca aurora, perlas vertiendo entre flores, su faz dulce y bella asoma. Cantan inquietas las aves junto á las azules ondas del Bétis que sus riberas con juncos y adelfas borda. Al pie del morisco alcázar, de solo un resto de sombra va el puesto á la luz cediendo, con ansiedad y zozobra muchedumbre inquieta bulle como las movibles olas del mar que á impulsos del viento ondulán, giran y chocan. ¿Qué causa cosgrog y junta en tan desasadas horas al pueblo, que entre emociones, ora rugientes alborota, ora aplaude y victorea sin conciencia de sus obras? Allí en agímez estrecho

que el blanco muro recorta, humana cabeza pende livida y aterradora.

Don Pedro, en tanto, en el lecho, prava de mortal congojo, se retuerce entre do oras que su corazón destrozan: de sus ardientes pupilas ama gas lágrimas brotan que á solas únicamente deja correr abundosas. Su debilidad esconde, que es ray, y no su corona ostentar debe flaquezas que ante su pueblo desdoran, cuando su lema es justicia contra las huestes traidoras. ¡Misterio del alma humana donde en batalla separata la virtud y el crimen luchan por obtener la victoria! ¿Quién juzgar puede á D. Pedro? ¿Quién las nieblas mide ó sonía? ¿Fué justiciero ó cruel? ¿Aún no lo sabe la historia!»

La biografía de Hurtado de Mendoza.

El premio de honor le ha merecido un estudioso y erudito literato granadino, D. Eloy Señan, por su excelente estudio biográfico acerca de Hurtado de Mendoza, á que se refiere el Presidente del Jurado en su dictámen. Un trabajo de esta índole no es posible que fuese leído, por ser extraordinaria su extensión en aquel acto, ni tampoco cabe en las columnas de un solo número de EL DEFENSOR. Por eso hubo de limitarse el Sr. Señan á leer algunos párrafos de su obra, que son los que seguidamente reproducimos, y que le merecieron el aplauso de la concurrencia. Leyó así:

La personalidad literaria de Hurtado de Mendoza es quizá, entre todas las de su época, la más digna de estudio. La mera enunciación de sus obras, de índole tan varia, despierta luego al punto el asombro en el ánimo al considerar la flexibilidad y riqueza, el donaire y gracejo, el nervio y magestad de aquel génio incomparable que, acomodándose á todo linaje de tonos, así canta en bien concertados versos los delicados afectos del alma, como retrata con vigoroso pincel y rasgos magistrales caracteres y tipos, modelos eternos de frescura y valentía, ó describe con pluma de oro en páginas de mármol la sombría historia de aquella guerra sangrienta, de inveterados odios y venganzas, entre la aviesa y páfida morisma y el sacrosanto lábaro de la Cruz. Y es de notar, con efecto, que ya se le considere como poeta, ya como novelista, ya como historiador, sus merecimientos son tantos, tan encumbrado y alto su ingenio, que bien puede llamársele, como al canciller Ayala en el suyo, el primer español de su tiempo. Que no es exagerada ni atrevida esta afirmación he de procurar demostrarlo en el rápido exámen de sus obras.

Las poéticas pueden separarse en dos grupos: el uno formado por aquellas en que, á semejanza de Garci-Lasso y Boscán, empleó las formas italianas; el segundo comprende las escritas al estilo de la antigua poesía nacional.

(Exámen del Lazarillo de Tórcos.)

Si nuestro autor ocupa sitio tan señalado entre los poetas sus contemporáneos, destaque su figura y cobra extraordinario realce cuando, trasladándonos al campo de la novela, paramos la atención en el *Lazarillo de Tórcos*. Y sube de punto el interés que despierta el exámen de este libro si, al apreciar su significación y valía, aquilantando los merecimientos de su autor, se considera el notable desarrollo que aquel género literario alcanzó en sus diversas especies en nuestra patria, y se atiende á la importancia que ha llegado á adquirir en los momentos presentes, en que ejerce avasalladora y osanmada influencia. Con razón se ha dicho que la novela es la epopeya de los tiempos modernos.

Desde hora temprana existieron en nuestra literatura sinó nuestras cumplidas al menos esperanzas y asomos del cultivo de este género que, andando los años, habia de compartir con el dramático la mayor gloria que se encierra en la brillante historia de nuestras letras. Breve tiempo era trascurrido despues que la lengua castellana alcanzara la perfección y hermosura que ostenta en el soberbio monumento de las *Partidas*, cuando apareció el *Libro de los castigos é documentos* del rey D. Sancho, en cuyo adoctrinamiento y enseñanzas trasciende el penetrante aroma oriental, manifestando lo bien que habia prendido en este suelo la extraña semilla arrojada á él primero por Pedro Alfonso en su *Disciplina clericalis* y, más tarde, en los dias de D. Alonso X, por el traductor, faérra ó no el monarca, del libro de *Calila é Dimna*. Arabes y judíos contribuyeron á este resultado, y poco despues, en su *Conde Lucanor*, el infante D. Juan Manuel amplía y mejora los anteriores ensayos. Pero ni en estos, ni en la obra de aquel turbulento magnate é insignie escritor, ni en los libros de los *Exemplos* y de los *Gatos*, ni, más adelante, en la *Vision delibitabla* de Alfonso de la Torre, de subidísimo color didáctico, se encuentra otra cosa que el simbolismo oriental, templados sus vuelos por la magestuosa grave;

dad de la moral cristiana. Luego, las crónicas fabulosas, en que se entrelazan y confunden toscamente la verdad y la ficción, y los libros de caballerías, que tanto favor alcanzaron en el siglo XV, como es sabido, y nuestro autor consigna en su sátira á las *damas de palacio*, cuando censura á estas:

El querer ser Orianas  
y el gustar de Galeotes,  
y el servir de señores  
y hacérsenos soberanos,

fueron otras tantas manifestaciones del arraigo que en nuestra patria iban adquiriendo aquellas inclinaciones y tendencias. Ejemplar más acabado que los producidos hasta entonces es, sin duda, la *Cárcel de amor* de Diego de Sampedro, aunque en ella, y en alto grado, se muestra la influencia dantesca. En la *Celestina*, aparte de sus indigestos alardes de inoportuna erudición, hay vida más rica y propia; pero esta obra cae de lleno, en mi sentir, dentro de los liederos de nuestra literatura dramática.

Así aquellas producciones como las pastorales, pero especialmente estas, imitadas de las obras de Sannazaro y Bembo, carecen del brio y originalidad, del fresco color y del intenso sabor castizo que estaba reservado para la verdadera novela española, la novela picaresca, cuyo primer ejemplar, el *Lazarillo*, sirve de modelo y dechado, de norte y guía á los ingenios que siguieron por este camino las huellas de Mendoza.

A mi juicio, y mientras no se desembran nuevos datos, no puede arrebatarle á nuestro paisano la gloria de haber escrito aquel valiente é intencionado cuadro de las costumbres de la España del siglo XVI. Entre el común sentir, apoyado en la más antigua tradición, que considera autor del *Lazarillo* á Hurtado de Mendoza, y el de Fr. José de Sigüenza, que lo atribuye Fr. Juan de Ortega, me inclino al primero, por más que para algún respetable crítico, tal vez sea el segundo más fundado.

El asunto de esta obra es la vida de un muchacho, hijo de un molinero de Tejares, aldea de Salamanca. Entregado por su madre á un ciego para servirle y adiestrarle, bien pronto aprende que el *mozo del ciego un punto ha de saber más que el diablo* y ayudado de su buen ingenio aprovecha de los numerosos avisos para vivir que le dá el ciego. La narración de las mañas y trapacerías de que Lázaro se vale para hacer más desahogada su pobre vida, ya escamoteando y cercenando en la mitad del justo precio las limosnas que daban á su amo las almas piadosas, ya bebiéndole á hurtadillas el vino con una *paja larga de centeno que para aquel menester tenía hecha*, ya empleando otros procedimientos de la misma laya que le sugería su natural traveso, es un modelo de gracia y donaire. Abandonando al ciego entró á servir á un clérigo, sin que al cambio de señor acompañara la mudanza de fortuna; antes bien aumentáronse su estrechez y miseria de las que solo mejoró, gracias á la llave que le proporcionara cierto calderero, con la que abría, en ausencias de su amo, el arca en que este guardaba los bodigo. Mas, descubiertos sus rebuscos y rapifios en la despensa, Lázaro fué puesto en el arroyo no sin pagar previamente con las setenas los destrozos causados en las provisiones.

La figura de su tercer amo, el famélico escudero toledano, es, sin duda, la más gallardamente trazada de todas las que forman la notable galería de personajes que desfilan ante el curioso y regocijado lector. Siempre que leo este capítulo del *Lazarillo* acude á mi memoria el recuerdo de aquellas razones que renovó en D. Quijote la soltura de los puntos de sus medias, cuando se hallaba en casa de los Duques, porque encuentro estrechísimo parentesco entre el presumido escudero, de gentil continente y paso en la calle, y aparcerero con su criado en alimentarse del fruto de la limosna, y aquel hidalgo «que tiene la honra espantadiza, y piensa que desde una legua se le descubre el remiendo del zapato, el trasador del sombrero, la hilaza del herrero y la hambre de su estómago,» de que nos habla Cervantes.

Sirve después Lázaro á un fraile mercenario, á un vendedor de bulas, á un capellan y á un alguacil, llegando, por último, á ser pregonero de Toledo. En este estado, y después de dar cuenta de su casamiento, realizado en circunstancias nada plausibles, pone inesperado punto á la relación de su vida, no sin declarar para satisfacción de los lectores que en aquel tiempo se hallaba en la cumbre de toda buena fortuna.

«Ningun hombre—dice la señora Pardo Bazán, refiriéndose á Cervantes—aunque atesore el genio y la inspiración de aquel, inventa un género de buenas á primeras; lo que hace es deducirlo de los antecedentes literarios.» Pues bien: Hurtado de Mendoza, al escribir su *Lazarillo* hubo de tener presentes los fragmentos del *Satyricon* de Petronio, acabado cuadro de la opulencia y extrava-

gancia, del lujo y despilfarro, de la corrupción, en suma, de la Roma imperial, y el *Anno de Oro* de Apuleyo que, calcado sobre las *Metamorfosis* de Lucio de Patras y el *Anno de Luciano*, es una sátira, de acerada y finísima ironía, de las supersticiones y patrañas que cundían entre sus contemporáneos. En estas obras y también en la *Celestina*, cuya lectura, juntamente con la del *Amadis*, constituye su predilecto entretenimiento, hubo de encontrar Hurtado de Mendoza los precedentes del género literario á cuyo frente figura su *Lazarillo*.

La acción de esta novela no puede ser más sencilla sin que por esto deje de ofrecer interés en todas sus partes. El mismo Lázaro es quien refiere su vida y le hace con tal gracia y naturalidad que no puede pedirse nada á su autor en lo que toca á la propiedad del lenguaje. El estilo es rápido, vivo, nervioso; el carácter de Lázaro, admirablemente dibujado en su narración, se hace al punto simpático, apesar de sus truhanerías, por su noble generosidad y aquel como instinto de rectitud que, aunque velado por las sombras de la educación perversísima recibida de sus padres y las estrecheces de su vida, constituye los rasgos capitales de su ingenio. En la traza de las demás figuras revélase también un pincel maestro.

El Sr. Vidart observa muy atinadamente que esta obra, que generalmente se supone escrita por nuestro autor en sus mocedades, cuando cursaba en Salamanca la Jurisprudencia, «refleja el ingenio del hombre curtido en los azares de la vida» y se inclina á creer que D. Diego la escribió siendo embajador en Roma. Y, en efecto, el *Lazarillo* no es, en mi opinión, obra de un ingenio juvenil. El tono de aquel cuadro no es el alborozado y sonriente con que suele ofrecerse la vida á los que aun pisan sus dinteles; antes bien las reflexiones y sentencias que naturalmente brotan de los labios de Lázaro y que son como piedras preciosas engastadas en su sencillo relato, revelan un habilísimo artífice y muestran un conocimiento de los hombres y de los cosas que, por lo profundo, supone un caudal copiosísimo de experiencia que solo llega á adquirirse á costa de los años.

Tiene razón, pues, aquel ilustrado crítico al abrigar esta discreta sospecha, pero deja de tenerla cuando, al encarecer los méritos del *Lazarillo*, parece como que le señala sitio entre las manifestaciones literarias presurosas de la flamante escuela naturalista. La observación de los hechos, la realidad de la vida como fuente y fundamento de la belleza, principios que, según el Sr. Vidart, son los de aquella menguada secta literaria que mutila y, lo que es peor, degrada y prostituye al arte, simulando erigirla en eco y resonancia de funestísimas teorías científicas, se encuentran ciertamente en el *Lazarillo* y en toda obra de verdadero arte, pero no como *fuentes y fundamento de la belleza*, sino en calidad de medios ó instrumentos adecuados para realizar más cumplidamente la hermosura suprasensible que debe existir en toda concepción artística. Ni son aquellos los principios á que obedecen la labor del escritor naturalista; el determinismo que rige los fenómenos humanos y la influencia del medio social constituyen, según Zola, propagador y jefe de la escuela, la *machina* que pone en movimiento á los personajes que en estos libros se sacan á plaza. Negada la libertad del hombre, este queda convertido en una *bestia que piensa*, y así en tales novelas, solo se encuentran monstruosos enjendros de deformidades y vicios que, por dichas, se hallan bien distantes de la realidad.....

De las imitaciones de la novela de Mendoza, el *Lazarillo de Manzanares* no pasa de ser desdichadísima copia de aquel notable original. No ha de decirse lo mismo de la *Vida y hechos del pícaro Gusan de Alfarache*, de Mateo Alemán, ingenio sazonadísimo y bien intencionado, como se revela en los discursos que intercala en la acción, haciéndola lánguida y desmayada, ni del *Escudero Marcos de Obregon*, cuadro trazado con más delicadeza y regularidad, ni de la *Vida del Gran Tacaño* en la que vive y vivirá siempre la apérgaminada y enjuta figura del licenciado Cabrera, ni de *Rinconete y Cortadillo*, joya preciadísima de la corona de Cervantes, ni de *Día y Noche de Madrid*; tan útil al aprovechado autor del *Gil Blas*, ni del *Anzuelo de las Bolsas*, ni de tantas otras que pudiera citar y que forma la serie de nuestras novelas picarescas á cuyo frente figura, como inimitable modelo, el *Lazarillo de Tormes*.

(CONCLUSION.)

Para dar fin al presente trabajo no encontramos mejor remate que el pasaje siguiente del ilustre Ticknor en que se halla como es cifra y compendio el juicio que debe formarse del autor del *Lazarillo*:

«Bajo cualquier aspecto que consideremos

el carácter de Mendoza, quedamos satisfechos de que fué un grande hombre, si bien lo que más es de admirar en él es la combinación y reunión de sus diferentes dotes. En todas ellas, sin embargo, y especialmente en la unión de una vida de aventuras y de intereses activo en los negocios de su tiempo, con el amor sincero de la ciencia y de las letras, Mendoza se mostró siempre español; los elementos de grandeza que su vária fortuna desarrolló en él son todos elementos de poesía y elocuencia española, en su mejor siglo y en su mayor estado de perfección. Este ideal caballero debe, pues, ser colocado en las primeras filas y en el número de los que habrán de constituir aquella escuela decidida de literatura española que, fundada sobre los sólidos cimientos del carácter y genio nacional, subsistirá siempre en pie contra los embates del tiempo y los caprichos de la fortuna.»

El discurso del Presidente.

Levantose de su asiento el Presidente del Ateneo, el Sr. Lopez Muñoz, cuya elocuencia avasalladora tantos y tan brillantes triunfos le han merecido, y los concurrentes le saludaron con un aplauso entusiasta y nutridísimo. Su discurso de anoche, fué una nueva victoria. Sentimos que el periódico se escape y que esto nos impida publicarle íntegro, y nos obligue á extraer tan hermosa, inspirada y correcta oración, que constituye uno de los más brillantes laureles arrancados al entusiasmo popular por el insigne orador granadino.

Después de un exordio en que expresa lo mucho que agradece aquel aplauso que se le otorga, y la pesadumbre que le causa no poder corresponder á aquella muestra de bondad y de simpatía con la inspiración y la elocuencia que merece, añade, para completar su idea:

«Yo no es porque falten aquí motivos de inspiración. Antes bien, los hay muy poderosos en el hecho de haber acudido á honrar con vuestra presencia esta fiesta literaria, vosotros los que cultiváis la ciencia que ilumina el espíritu y ensancha los horizontes de la vida, vosotros los que profesáis el arte, que es santo calor del alma y prenda de regeneración para los pueblos, vosotros los que representáis la industria y el comercio, en cuyos brazos se levanta el progreso ennoblecido con la augusta idea de la fraternidad de los hombres, vosotros los que ejercéis autoridad, nunca mejor empleada ni más alta que cuando se dedica á amparar nobles empeños. Sí, hay aquí motivos poderosos de inspiración con vuestra presencia; y también los hay fecundísimos con la presencia de vosotros, hermosas damas granadinas, que formáis un ambiente de aromas y de luz, porque sois vivo compendio de los tesoros que guarda esta tierra de bendición, donde las flores tienen más aromas y el sol más resplandores y más halagos las brisas; los hay en esos aceros literarios cuyos ecos acaban de extinguirse para los oídos, pero que son para el alma inextinguibles; los hay, en fin, reuniéndolos y embelleciéndolos todos, en ese trono que simboliza todos los atractivos, todos los primores, todas las delicadezas del rostro y el espíritu; los hay en ese trono y bajo ese dosel donde se sienta la Reina de la Fiesta, que en dos veces soberana, porque impera á la vez en la tierra de la hermosura y en el mundo de la virtud; (*grandes aplausos*); los hay en ese trono donde se sienta la Reina de la Fiesta, cuya majestad es indisputada y poderosa; porque el aplauso ferviente con que la habéis saludado, la aclamación unánime con que la habéis recibido, la espontaneidad con que le habéis rendido vasallaje, revela bien á las claras que es una reina que cuenta en absoluto con el entusiasmo y con el amor de sus vasallos. (*Bravos y aplausos repetidos.*)»

Entrando en la tesis del discurso, afirma que estos certámenes son un motivo de placer nacional, porque mantienen vivo el fuego sagrado de la inspiración patria, respetando nuestro carácter genial y el molde divino en que nuestra vida nacional se desenvuelve. Con este motivo expone un concepto de nación, en el que no se sabe que admitir más, si la profundidad de la idea ó la magia del estilo. Afirma que las naciones deben mantener á todo trance su originalidad, si han de responder al carácter que tienen señalado en el plan divino de la historia; y para probarlo, traza á grandes y brillantes rasgos, que despiertan el entusiasmo del público, la historia de los imperios asiáticos, y de Grecia y Roma, triunfantes á través de los siglos por sus artes la una, y por su derecho la otra, mientras aquellos nada legaron á las generaciones sucesivas.

«La poesía, dice, ha de ser nacional, eminentemente nacional, de tal manera, que la obra que no tenga el sello nacional, aunque brote de la pluma de un genio, pasará como ráfaga que refresca un instante nuestra cabeza y enseguida se pierde, como nota que halaga un instante nuestros oídos y enseguida se apaga. Tan necesario es este principio, tan inflexible es esta verdad que se cumple, no solo en las obras que tienen asuntos puramente nacionales, sino también en aquellas otras que entrañan ideas, intereses y afectos de la humanidad entera. Ved, sinó, el Quijote, que es nuestra gran epopeya, que es la gran epopeya de los siglos. Allí, á través de aquel humor regocijado y alegre, de aquella vena inagotable, allí se representa la batalla eterna de la vida, la lucha de la materia y el espíritu, esa lucha que á veces arrastra al ángel hasta las impurezas del barro, quebrándole las alas con la mortal pesadumbre de la carne, y otras levanta el barro hasta las alturas del ángel, purificándolo y redimiéndolo con inspiraciones generosas, y dándole el temple de los héroes, de los sábios, de los artistas y de los mártires; allí entre alegres carcajadas se vislumbra el ideal humano combatido y contrariado siempre por las tempestades de la pasión y las dificultades de la vida; allí se vé el noble impulso de las almas justas, que en brazos de la prudencia debe ser heroísmo y razón, y es por lo inhábil, enflaquecimiento y leure; allí está el fondo de la conciencia, que como el fondo del mar tiene sus corales y sus perlas, sus monstruos y su cieno, sus laxuras y sus abismos, sus restos perdidos de riquezas que fueron, y sus gérmenes aun no hallados de riquezas que serán; allí está el hombre de siempre; allí está la obra de la humanidad; pero allí está también Cervantes; allí está el genio español; allí está la lengua castellana; allí hay una obra grande, y humana y española; y donde quiera que vaya, irá siempre con ella inmaculada y victoriosa la bandera de la patria.» (*Bravos.*)

ticos aplausos, que ahogan la voz del orador algunos momentos).

Se extiende después el Sr. Lopez Muñoz en atinadas observaciones acerca de los poetas que buscan las literaturas y las costumbres extranjeras, renegando del carácter y de la vida nacional, y después de exponer su juicio crítico sobre el asunto, exclama:

«Mentira parece que existan ingenios españoles que vayan á beber sus inspiraciones á otras literaturas y á otros pueblos, desdiciendo la nuestra y teniendo en menos nuestro carácter genial, cuando aquí, como en ninguna parte, brota la fuente de la belleza con caudal inextinguible y puro. ¿Qué motivos de inspiración faltarán en la nación española? ¿Qué cuerda no vibrará en este gran concierto de la patria, si el genio y el entusiasmo aciertan á herirla con mano segura y pulsación diestra? ¿Es la naturaleza la que ha de arrancar al poeta cantos de admiración? ¿pues ahí están nuestro cielo transparente y azul, nuestros campos aromosos y fecundos, nuestras playas sonrientes, y nuestras altas montañas. ¿Es el amor y la hermosura? ¿pues ahí están nuestras mujeres, las de ojos negros y miradas ardientes, que enloquecen y abismán, y las de ojos azules y cabellos rubios que nos hacen pensar en los ángeles del cielo. ¿Es la virtud que se esconde pudorosa y triste, de no hallar en esta tierra su patria? ¿pues ahí están nuestros hogares iluminados por el amor, ennoblecidos por la virtud y purificados por el martirio. ¿Es la grandeza de los ideales del sabio? ¿pues ahí están nuestros místicos, que son un tesoro de ciencia y de filosofía; ¿Es la majestad y esplendor del arte? ¿pues ahí están nuestros clásicos, modelo y envidia de todas las literaturas del mundo. ¿Es el carácter de las naciones? ¿pues ahí está el de la nuestra, ideal, caballeresco y exótico. ¿Es el heroísmo? ¿pues ahí está nuestra historia, que toda ella no es más que un arco de triunfo levantado á las glorias españolas. ¿Es algo que exceda de los límites de la patria? ¿pues cántese en hora buena, que para eso está la poesía, para cantar y enalzar todo lo que es elevado y digno; pero enséñese con la lira de Herrera, de Garcilaso y de Quintana, ó con la trompa épica de Xrullia y de Reinosa, ó con la pluma de Calderón y de Cervantes. Ríndase culto al arte, ríndase culto á la humanidad, ríndase culto al ideal; pero ríndase ante el altar de la patria; porque solo ante el altar de la patria pueden consagrarse las obras de los géneos y coronarse de eterna luz la frente de los poetas.»

Una verdadera tempestad de aplausos sigue á las últimas palabras del orador, á quien el público no se cansa de vitorear.

Conclusion.

Aún flotaban en el ambiente los entusiastas aplausos que la concurrencia tributó al discurso del señor Lopez Muñoz, cuando el sexteto que dirige el señor Arche, hubo de proporcionar á los espectadores deliciosas satisfacciones ejecutando, con admirable fluidez, con un gusto artístico irreprochable, la *Rapsodia Húngara* y la *Sinfonía de Zampa*. Fueron muy aplaudidos; en verdad, no tanto como merecían.

Y con esto concluyó la fiesta, que dejará dulce y perdurable recuerdo en la memoria de los granadinos.

Miscelánea.

**Advertencia.** La extraordinaria extensión que hemos creído oportuno dar á la revista de la *Ilibérica* nos ha obligado á retirar otros muchos originales de interés que publicáramos oportunamente.

**Un detalle.** El precioso *douquet* que ostentaba en su mano la reina de la Fiesta, la encantadora Augustias Perez del Pulgar, fué obsequio con que hubo de felicitarla otra reina; su antecesora; la que ocupó el trofeo en la sesión de la primera *Ilibérica*; la angelical María Gardyn.

**Sobre el certámen del Liceo.** La adjudicación de premios del certámen convocado por el Liceo, anunciada para esta noche en el programa de festejos, no puede celebrarse por la sencilla razón de que ni el Jurado calificador le ha sido posible terminar sus trabajos, ni la junta de Gobierno de aquella Sociedad ha acordado el día y la forma en que ha de efectuarse la sesión, ni ha aprobado, como es de reglamento, el presupuesto de gastos de la misma que ha de pagar de sus fondos, ni por último se ha tratado del asunto con las formalidades de costumbre. Así se nos dice.

**Un concierto en el Liceo.** La sociedad de amateurs de Madrid que, bajo la dirección del señor Arche, constituyen los señores Ibárguen, Guervós, Lizarralde, Bizarra, Espinoza y Carvajal, accediendo á los deseos de numerosos aficionados que lo han pedido, y contando con la benevolencia de la Junta directiva del Liceo, ha dispuesto para esta noche en los salones de Santo Domingo, un concierto cuyo programa es el siguiente:

**PRIMERA PARTE**—1.º J.ª «Overtura», Petrella; 2.º Plegaria del Concierto Militar, Bazzini, tercero. Rapsodia Húngara, Liszt.

**SEGUNDA PARTE**—4.º Carnaval de Venecia «Overtura», Thomas; 5.º Camzonatta, Mendelshon; sexto. Fantasia sobre motivos de la ópera Puritanes, Bellini.

**TERCERA PARTE**—7.º Mignon «Overtura», Thomas; 8.º Schizo en do menor, Márqués; 9.º Címbre Minuete del quinteto de Bohemios; 10.º Amoreto Tance «Suite» de wales, Gangl.

No dudamos que el concierto estará muy concurrido por la elegante sociedad granadina, pues, desgraciadamente, no se nos ofrece con mucha frecuencia oír buena música y bien ejecutada, como será la de esta noche.

¡Alerta, consumidores!

¿Os habéis desengañado ya, de que las cajas de fósforos de Pericás son las mejores? Pues bien: ahora ha salido un suelto anunciando cerillas á ocho reales libra, por tal de hacernos contrarresto, y como yo nunca he omitido gastos ni economías en beneficio del público que me honra, sepa que desde hoy queda establecida la venta, al precio que las den en otra parte, con la ventaja de ser mejores.

Frente á la calle de Mesones, Puerta Real, PERICÁS.

**Obras poéticas** de D. Baltasar Martínez Dúraz. Acaba de publicarse la primera colección, compuesta de composiciones inéditas. Se vende á seis pesetas en todas las librerías.

**Pedro Martínez**, su autor, se ha trasladado al suburbio de Bibarrambilla y arco de las Orejas.—Elegancia y economía en toda clase de prendas.

